



# Sílvia Soler

## Un año y medio



DESTINO

# Un año y medio

Sílvia Soler

Traducción de  
Ana Ciurans

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1326

Título original: *Un any i mig*

© Sílvia Soler, 2015

© Editorial Planeta, S. A. (2015)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: abril de 2015

© de la traducción del catalán, Ana Ciurans.

ISBN: 978-84-233-4924-1

Depósito legal: B. 2.688-2015

Impreso por Rodesa

Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

INVIERNO	9
A veces el frío va por dentro	63
PRIMAVERA	65
Más allá de los cristales	109
VERANO	113
La luz parece más clara	157
OTOÑO	161
Entre sábanas	199
INVIERNO	203
El cuerpo se queja	240
PRIMAVERA	243
La baldosa que baila	276
Retrato de familia	370

# Invierno

Cientos de minúsculas hostilidades matrimoniales. Hay días en que, mirando atrás, eso es lo que ve: cientos de minúsculas hostilidades matrimoniales. Silencios breves y molestos como piedras en el zapato y miradas de reojo, fulminantes o despreciativas; abrazos mecánicos, besos tibios, holas desgastados y adioses sin pena. Cuarenta años de convivencia con algún sobresalto digno de consideración entre semanas y semanas apacibles, ensartadas con el hilo de la costumbre. Un afecto sólido, cuajado por el tiempo y la confianza. Con sexo apasionado, a veces. Con amor sin pasión, otras veces. Y también, alguna que otra vez, con sexo sin amor. Con gestos de ternura y conversaciones a medias. Y con muchas, cientos de minúsculas hostilidades matrimoniales.

En ocasiones se le antojan como una red de seguridad: si su matrimonio lo ha sobrellevado todo, si ha resistido, quizá significa que su relación es a prueba de bomba. Otras veces, sin embargo, la red se le cae encima y la aprisiona. Los dos intentan liberarse, pero no luchan como lo harían para sacarse de encima una viga de hierro o una losa de hormigón.

La red no los aplasta ni los asfixia. Resulta molesta, nada más. Terriblemente molesta.

Cuando es la temporada, Tina compra un gran ramo de mimosas y lo pone en el jarrón de boca ancha que heredó de su abuela, encima de la mesa del comedor. La habitación entera se enciende de amarillo y el olor se esparce, con delicadeza al principio y con más intensidad después, hasta invadir toda la casa.

Sabe que Jaume odia el olor a mimosa. Que lo encuentra cargante, que le empalaga hasta el mareo. Puede imaginarlo arrugando la nariz cuando pasa cerca del ramo amarillo. Espera oír sus quejas, pero él no dice nada. La irritación de Tina aumenta un grado: preferiría que lo dijera en voz alta, así ella podría contestar que por una vez al año no le quite la ilusión. Que sea generoso.

Tina contempla, absorta, la habitación iluminada por una claridad amarillenta que antes no había. Las mimosas. La caoba de la cómoda resplandece, la colcha ligera que protege el sofá parece más clara. Mira a su marido, sentado en la butaca, leyendo el periódico enfurruñado, y piensa que la luz amarilla le favorece y que debería recortarse las cejas.

—¿Vendrás al aeropuerto mañana? —pregunta ella y, sin darse cuenta, respira profundamente y el aroma de las mimosas le entra por la nariz.

—No puedo, ya se lo dije a Berta. —Él también nota con fastidio el tufo inagotable.

—Bueno, pues me llevo el coche, ¿eh?

—Sí, sí, claro, ya me lo imaginaba.



Seguramente, piensa Tina, Jaume se pregunta en silencio por qué su mujer se empeña en fastidiarlo, si alguna razón oculta la empuja a poner mimosas en el comedor aun sabiendo que él no soporta su olor. Quizás cree que se trata de una venganza. Podría decirle: ¿es que no me quieres? ¿Por qué te comportas como si yo no existiera, como si nunca te hubiera dicho lo mucho que me asquea este olor dulzón? Probablemente su marido opine que tampoco es para tanto. Que la mimosa se marchitará en unos días y se acabó. Otra minúscula piedrecita más en el zapato. Al cabo de una semana ni la notará, es redonda, pulida, muy poca cosa. Irá a parar a la caja de las minúsculas hostilidades matrimoniales. Se añadirá discretamente al montoncito y se confundirá con las demás.

Es una colección sin valor alguno, tal vez lo mejor sería tirarla. De hecho, ninguno de los dos se acuerda nunca de esta caja a rebosar. No tienen ningún interés en guardarla —ni Tina ni Jaume son rencorosos—, simplemente se ha ido quedando allí, en el fondo del altillo del armario. Tal vez, y sólo tal vez, si algún día su relación se rompiera, irían a buscar la caja, la abrirían y se arrojarían a la cara las piedrecitas minúsculas hasta quedarse en paz.

Su hija se marcha mañana a vivir a otro país y su padre tiene algo más importante que hacer que despedirse de ella. Seguro que padre e hija ya lo han comentado. Y seguro, está convencida de ello, que a Berta no le importa. En realidad, a Tina tampoco. Prefiere hacer el camino de vuelta sola y llorar a gusto sin tener que dar explicaciones ni sentir el reproche silencioso de su marido.

Si en este preciso instante Jaume pudiera leer el pensamiento de su mujer, intervendría así: si a Berta no le importa y a ti tampoco, ¿por qué te fastidia que no venga? Y Tina contestaría que, más que fastidiarle, no lo ve normal y que, en el fondo, cree que lo hace para ponerla en evidencia, para reafirmar su papel de padre moderno y comprensivo que se alegra de que sus hijos abandonen el nido y hagan su propia vida. Que es lo mismo que decir: no como vuestra madre, que querría teneros pegados a sus faldas porque no es lo bastante generosa como para comprender que ya no sois unos críos.

Es muy probable que Jaume haya evitado ir al aeropuerto porque le resulte difícil despedirse de su hija, pero es todavía más probable que ni él mismo lo sepa y, por supuesto, nunca lo reconocería delante de su mujer. También es posible que, a pesar de todo, Tina lo sepa, aunque quiera disimularlo.

A estas alturas, Tina lo sabe casi todo de su familia, y lo que no sabe lo intuye.

Eso es, naturalmente, lo que ella cree.

Lo último que hace Berta antes de cerrar la puerta del piso es mirar el móvil. Nada. Se lo guarda en el bolsillo y recorre con la mirada, una vez más, el recibidor. Así, vacío, no parece el mismo piso. No reconoce absolutamente nada. Ya no sabría ni decir dónde estaba colocada la balda de madera para dejar las llaves al entrar. Ayer, sin ir más lejos, estaba ahí. Ha puesto ahí las llaves cada día durante los últimos



cinco años. Sin embargo, ahora no podría ubicarla en esta pared blanca, sucia, vacía, insoportable.

Vuelve a mirar el móvil. Martí quiere crear un chat de hermanos. Pregunta qué nombre le ponen: «Hermanos?». «Qué imaginación», dice Cèlia. Roger sugiere «Diáspora»... Guarda el móvil en el bolso y lo oye pitar varias veces. Va a ser una conversación larga. Los conoce.

Da unos pasos indecisos por el pasillo. No resiste la tentación masoquista de echar otro vistazo al piso vacío. Si no se acuerda de dónde estaba la balda de la entrada, si no podría decir qué cuadro había en este rectángulo de pared más claro, ¿quiere decir que tampoco recordará...? Pero sí, eso no lo ha olvidado. La imagen le ha venido a la cabeza como si alguien le hubiera lanzado un objeto a la cara, y el golpe es doloroso. Se acuerda de la habitación, tan vacía como ahora, aquella primera noche, una manta en el suelo y ellos dos desnudos encima.

Deberíamos encontrar la manera de seleccionar los recuerdos según nuestros deseos o nuestras necesidades. Los psiquiatras dicen que ya lo hacemos, que la memoria selectiva consiste en eliminar los recuerdos negativos. Quizá su memoria es tan torpe que considera que la imagen de Èric y de ella haciendo el amor en aquella habitación vacía es un bonito recuerdo. No puede ser bonito si causa tanto dolor. Aquél era el piso donde deberían haber sido felices. Había una habitación pequeña que pensaban usar como estudio mientras no tuvieran hijos. No tuvieron hijos, no fueron felices —o fue al revés, ya no importa— y ahora el piso vuelve a estar vacío.

Retrocede por el pasillo, pasando la palma de la mano por la pared que Èric pintó de color lima. Hay agujeros donde colgaban sus fotografías, sonrisas de oreja a oreja en blanco y negro. No quiere ni pensar en quién vendrá a vivir, de qué color pintarán las paredes, en qué habitación harán el amor y si habrá un recién nacido durmiendo en la habitación pequeña. No quiere ni pensarlo, pero lo piensa. Incluso ve los rizos oscuros y la camita con barandilla.

Mira por la ventana de la habitación pequeña. Ve el coche de su madre, que la obliga a bajar. Sale del piso y cierra con brusquedad. En el ascensor vuelve a coger el móvil con la misma actitud con la que enciende el sexto cigarrillo del día (a pesar de que la noche anterior había decidido dejar de fumar). Va al WhatsApp de Èric. Última vez que ha visto la pantalla: 6.14. Despierto de madrugada. ¿Por qué ha salido hasta tan tarde? ¿Por qué se ha levantado tan temprano? O, ¿por qué no puede dormir? Se promete por enésima vez no volver a mirar su Wp. Quizá lo mejor sería eliminar directamente su teléfono de la agenda de contactos. Ya no hay ningún motivo para llamarlo. Ni ahora ni más adelante. Una lágrima impertinente le resbala por la mejilla izquierda. Se la seca mientras ensaya una sonrisa para su madre, que la espera al volante de su pequeño coche verde.

Sube. Buenos días, mamá. Gracias por llevarme al aeropuerto. El coche arranca. Jura que el gesto que hace es involuntario, que el cerebro no ha enviado ninguna orden a su cabeza para que gire hacia la

izquierda, inclinándose un poco, hasta que los ojos —que también han ido por libre— alcanzan a ver por un instante, fugazmente, la ventana desnuda de su habitación con la persiana a medio bajar. De nuevo su cerebro aturdido no envía ninguna orden, pero su memoria empieza a trabajar automáticamente, como esos aparatos que, de tan viejos, funcionan anárquicamente sin que nadie los encienda, como el estertor de la muerte que, dicen, revive momentáneamente a los moribundos.

Se recuerda a sí misma volviendo a casa a mediodía, buscando la sombra, o mejor aún, al anochecer, cuando el alumbrado público acaba de encenderse y la calle oscila entre el día y la oscuridad. Ve su silueta —siempre demasiado rechoncha para su gusto—, el andar alegre, como si de vez en cuando diese un paso de baile, la melena rojiza balanceándose de un lado a otro. Y de pronto deja de verse desde fuera para ver la calle con sus ojos, cómo se va acercando a su casa, cómo levanta la mirada desde la otra acera sabiendo qué verá. Verá el rectángulo de luz de la ventana de su habitación, la cortina al viento, liviana como el velo de una novia, y sabrá que Èric ya está en casa, porque en cuanto llega abre la ventana, le da igual que sea invierno, quiere aire fresco, que la noche entre en casa.

Su madre conduce en silencio, como si supiera que el cerebro de su hija ha decidido declararse en huelga y dejar de controlar su cuello, sus ojos y su memoria. Y Berta recuerda con viveza —no, la siente, la vuelve a sentir— aquella euforia diminuta pero enérgica que le nacía en el pecho al saber que él

ya estaba en casa. Aquella sonrisa que le subía por el cuello hasta instalarse cómodamente en sus labios. Aquel latido un poco más rápido que presentía el abrazo. Y ella, Berta, feliz y protegida en su cueva. La cueva de la habitación dentro de la cueva de la casa. La cueva del abrazo dentro de la cueva de la habitación. Una seguridad infinita.

—¿Has cogido el billete de avión?

—Claro, mamá.

—¿Y el carné?

—Sí, mamá. Oye, no hace falta que aparques, ¿eh? Te paras un momento delante de la terminal y me bajo.

—Pero, hija...

—De verdad, no hace falta, lo prefiero así. Mira, aquí mismo. Un beso. ¡Y gracias! Ya te llamaré... ¡Adiós!

Alguien toca el claxon por detrás y Tina mira por el retrovisor. ¡Vaya prisas! Aprovecha el espejo para arreglarse el cabello —blanco, corto, rizado— y el del coche de atrás vuelve a tocar la bocina. Le parece el berrido de un animal, como el de una cabra salvaje, largo, malintencionado y provocativo. Tina vuelve a clavar los ojos en el retrovisor y entonces hace un gesto que no había hecho nunca. Levanta el dedo anular. Después pone la primera y empieza a circular. Siempre hay una primera vez, piensa. Duda si ha levantado el dedo correcto, ¿es el anular? El caso es que el gesto la ha ayudado a descargar una parte de la rabia que lleva acumulando desde hace días. Se

imagina el interior de su pecho lleno de botellitas transparentes, colocadas unas al lado de otras, como si fuesen tubos de ensayo en un laboratorio. Cada vez que se enfada o le dan un disgusto, un líquido, espeso y oscuro como la sangre de un viejo, llena una de las botellitas. ¿De dónde ha sacado que la sangre se pone oscura y espesa con los años? Puede que se lo haya inventado. No se trata de ser vieja —que también lo es, pronto cumplirá los sesenta y dos—, se trata de ser vieja y estar cabreada, de sentirse tratada injustamente, de no poder aceptar que tus planes se hayan esfumado, que tu vida no será como la habías planeado. Quizá, piensa ahora, haya perdido el tiempo —los años— esperando esta vida imaginada que nunca será como pensaba.

Ésta es la tercera vez que despide a un hijo en el aeropuerto. No hay derecho. (Y su marido en casa, tan tranquilo.) El mayor, Martí, se fue hace ocho meses al quinto pino, a Canadá. Dice que volverá una vez al año. ¿Qué te parece? ¡Una vez al año! La segunda se va hoy a París. Y la tercera, Cèlia, ay, Cèlia... está en Mallorca. No es que esté lejos, pero hay un mar de por medio. Y su hija, por lo que parece, no tiene muchas ganas de cruzarlo. Ha vuelto tres veces en dos años.

En cuanto al pequeño, no quiere ni pensarlo.

No hay derecho, hombre, no hay derecho. Ten hijos, críalos y edúcalos, dales estudios, eso sobre todo, para que sean independientes y puedan construir su propia vida. Y resulta que deciden construir su propia vida... en la otra punta del mundo, lo más lejos posible de aquí.

Y, mientras tanto, ella a jubilarse antes de tiempo, le guste o no. Sin nada que hacer en todo el día: la situación que había anhelado para poder disfrutar finalmente de los hijos, y quizá de los nietos. Pero resulta que los hijos no están. Y si llega a tener nietos, solamente podrá verlos en la pantalla del ordenador. Ya ves, Tina. Y Jaume en casa, poniendo mala cara porque ella compra mimosas.

Conduce dando sacudidas, enfadada, desconcertada porque por primera vez se siente impotente para arreglar lo que no le gusta. Es una mujer resuelta, enérgica, con mucha fuerza de voluntad y una capacidad de seducción envidiable. Está acostumbrada a conseguir lo que quiere. Lo ha hecho cien veces, mil. En casa y en el trabajo. Mueve las piezas hasta dar con la jugada que todo lo resuelve, el jaque mate. Pero esta vez no. Sus planes, tan bien diseñados y proyectados, se han ido al garete: trabajar y trabajar hasta llegar a la jubilación, llenarse de vida, recibir reconocimientos, ganar dinero, darlo todo. Y entonces, cuando las fuerzas comenzaran a flaquear, concentrarse en su gran proyecto, la rehabilitación de La Boscana, la casa de los antepasados, la casa de sus veranos, la casa donde Berta supo que era alérgica a las picaduras de abeja, la casa donde concibieron a Roger, la casa donde Cèlia lloraba cuando la buganvilla se puso enferma —una mañana amaneció llena de unas manchitas blancas y pegajosas—, la casa de los recuerdos y la casa de su futuro, de nuevo llena de voces de niños, con una gran sala donde cupiese una mesa enorme. Lo había calculado todo: con cuatro hijos, lo más lógico es que

llegasen a ser una gran familia, tal vez unos veinte. Tenía que ser una mesa muy larga, seguramente la encontraría en algún anticuario de La Bisbal, una de esas mesas de madera de nogal, oscuras y sólidas, que llenan las habitaciones y dan personalidad a la casa.

¡Cuántas veces se ha imaginado esa mesa larga y noble, repleta de comida, con toda la familia sentada compartiendo risas y conversaciones! Hace un par de meses empezó a trabajar en el proyecto de rehabilitación, pero ahora que también Berta se ha ido, ya no tiene ganas. Quería conseguir una casa cómoda, que mezclase con elegancia lo moderno con los vestigios del pasado. Muy luminosa. Con mucho espacio para dormir. Y una mesa enorme. Una casa donde cupieran todos, ésa era su prioridad.

¿Todos?

La pregunta maliciosa la sorprende aparcando delante de casa. Para el motor, intentando en vano desconectarse también del pensamiento obsesivo que la ha acompañado durante el viaje de vuelta. Antes de salir del coche mira quién acaba de enviarle un mensaje al móvil.

Martí: «¿Ya se ha ido Berta? ¿Cómo estás?».

Le dan ganas de contestar: ¿Cómo voy a estar, hijo? Pues enfadada, triste, cabreada y abatida. Pero no lo hace. Echa una ojeada al retrovisor, se arregla el cabello y escribe: «Ya está volando hacia París. Todo bien, no te preocupes».

Martí no puede evitar sonreír cuando lee la respuesta de su madre: ¿Todo bien? Sí, claro. Debe de estar que muerde. La conoce como si la hubiera pa-



rido. El contrasentido lo hace sonreír y escribe: «¡Coño, mamá, como si no te conociera!». La respuesta de Tina no tarda en llegar: «¿Qué hora es?». De golpe se ha acordado de la diferencia horaria con Quebec. Martí: «Casi las tres». Y su madre: «¡Pues vete ahora mismo a la cama!».

Es como si oyese la voz de su madre pronunciando esta última frase imperativa, con ese tono enérgico que tanto los atemorizaba cuando eran pequeños y del que después aprendieron a mofarse. Pero el caso es que su madre lo conoce lo bastante bien como para saber que Martí es un sufridor. Sufre por su madre y sufre por Berta, ahora que empieza la aventura de vivir lejos de casa. Y por Cèlia... Ay, Cèlia. Y por supuesto por Roger, que es el más reacio a aceptar el instinto protector de su hermano mayor.

Su madre dice que Martí tiene la mirada noble y sincera como un horizonte. Sus hermanos le toman el pelo y aseguran que la frente ancha ayuda mucho, un espacio despejado y desértico... cosas por el estilo. Las dos cosas son verdad: Martí tiene los ojos grandes y separados, claros, a medio camino entre el verde y el ámbar, y siempre parecen estar llenos de luz. Y una frente ancha que, con los años, ha ido ganando terreno hasta dejar prácticamente todo el cráneo al descubierto. La calvicie precoz le amargó la vida durante un par de años. Cuando cumplió los treinta se rapó los cuatro pelos que sobrevivían como náufragos en una isla desierta, y adoptó una nueva imagen

que incorporaba una barba recortada, parecida a la de su padre pero más oscura.

Y Martí, hombre de sonrisa fácil, dibuja otra, la cuarta. Se ríe de sí mismo por haber pensado ingenuamente, hace ocho meses, cuando se fue a la otra punta del mundo, que alejándose de su familia podría dejar atrás este exceso de responsabilidad. ¡Sus hermanos son adultos y ya no es necesario que desempeñe el papel de hermano mayor, caray! Pero todo el mundo sabe, y también Martí, que no es fácil deshacerse de los papeles que asumimos o que nos endosan en nuestra familia. Todavía se siente responsable de sus hermanos, como cuando iban a jugar al río, en verano, y el abuelo le decía y le repetía que tuviera cuidado, que él era el mayor.

Pero, ¿y mamá? ¿Por qué narices debería sentirse responsable de una mujer que siempre ha demostrado ser valiente, independiente y enérgica, una madre que todavía es capaz de darle órdenes, aunque tenga treinta y seis años y viva en otro continente? Una madre que quiere enterarse de todo, que se mete donde no la llaman, pesadísima, una madre omnipresente y posesiva que echas de menos cuando estás lejos y que querrías lejos cuando vuelves a casa.

Ahora ya no la añora tanto. Desde hace cinco semanas. Desde que Nicole empezó a quedarse a dormir. Nunca le ha gustado dormir solo, pero lo hacía, claro, no le quedaba más remedio. La mayoría de las mujeres que conoce interpretan el hecho de dormir juntos como un paso adelante para consolidar la relación. Y él, hasta ahora, no había deseado consolidar ninguna. Y esta actitud —que su madre le echa

en cara y de la que sus hermanos se burlan— es la que hizo posible que hace ocho meses respondiese con un sí rotundo y sin reservas a la oferta de trabajo del despacho de arquitectos Villiers-Berthelot, de Montreal.

Nicole se quedó a dormir la primera vez que puso los pies en su casa. Y él no se paró a pensar en cómo podría interpretarse aquella situación al día siguiente. Se despertó muy temprano, cuando ella salía de la cama. Quiero pasar por casa antes de abrir, susurró. Nicole atendía, junto a una amiga, el pequeño bar-restaurant donde Martí desayunaba casi todos los días. Estaba justo delante del despacho de arquitectura.

La observó mientras se vestía, y la contemplación duró un buen rato porque se necesita mucha ropa para enfrentarse al invierno de Quebec por la mañana temprano. Y cuando esa mujer alta y rubia, tapada hasta la cabeza, se acercó para darle un beso, Martí sintió una especie de ahogo al pensar que se marchaba. ¿Nos vemos esta noche?, le preguntó, y ella asintió con la cabeza y sonrió ampliamente. ¿Podía confiar en ella? El corazón le parpadeaba.

Mira el reloj. Las tres y media de la madrugada. Sus hermanos no saben que el corazón le parpadea. Sus padres tampoco. Les costaría creerlo. Lo consideran alérgico al compromiso, desde hace tiempo su dificultad (o aversión) a tener pareja estable es motivo de burla en su casa. ¿Les gustará Nicole? De repente, se da cuenta de que no ha empleado el condicional, les gustaría, sino el futuro simple, gustará. ¡Como si fuera tan simple! Se da cuenta de que le

costará conciliar el sueño. Está demasiado despierto. Coge el móvil y busca el grupo Diáspora en Wp y, antes de escribir, se da cuenta de que su hermana Cèlia no ha entrado ni una sola vez desde que lo crearon. Cèlia le preocupa. Les preocupa a todos. La notan distante y ninguno de ellos es capaz de saber si es feliz. Siempre ha sido arisca, pero su aislamiento ha ido aumentando en los últimos meses, desde que vive en Mallorca. Como si la isla hubiera ido metiéndosele dentro, piensa Martí.

Al final sale de la cama y se sienta delante del ordenador. Quizá si le escribe un correo se verá obligada a contestar...

Hola, Cèlia, pequeña Mowgli, ¿cómo estás? Hace días que no sé nada de ti. Ya sabes que Berta ha salido hoy para París, ¿no? Ahora veremos cómo lleva mamá lo de tenernos lejos a los tres... Vas a escribirle y a llamarla, ¿verdad?

Y a ti, ¿cómo te van las cosas? ¡No nos cuentas nada! ¿Todavía haces submarinismo? ¿Y el trabajo? Yo trabajo como un negro, pero me gusta, y también tengo otros motivos para estar feliz. Ya hablaremos. Un abrazo y saluda a Héctor de mi parte.

Vuelve a acostarse un poco más tranquilo. Cierra los ojos y ve la cara de su hermana, los ojos negros, la piel clara, la expresión dura. Cèlia sonrío poco. De pequeña tampoco sonreía mucho. Era una niña... salvaje. Por eso la llaman Mowgli. Por eso y porque durante el verano siempre iba descalza. Se subía a los árboles, se bañaba en el agua helada del río, se me-

tía entre los matorrales sin miedo a las ortigas, cazaba ranas y babosas, se arañaba la piel, se clavaba espinas en las plantas de los pies, pero nunca se quejaba, nunca tenía miedo y nada le daba asco. Como un niño salvaje. Como si se hubiera criado entre lobos.

—La posidonia oceánica vive en el fondo marino, donde forma enormes praderas, seguro que las habréis visto cuando hacéis *snorkel*, que parecen campos de trigo o de hierbas altas. El trigo verde ondula al viento y la posidonia con las olas. Cuando muere, las hojas llegan flotando a la playa y se acumulan. Las llamamos algas... y nos dan un poco de asco, ¿a que sí? Venid, mirad esta foto: cuando encontréis una bola de fibra como ésta en una playa, significa que muy cerca hay una pradera de posidonia.

Los chicos y las chicas se acercan al tablero de las fotos. Cèlia observa sus cuellos largos y estirados hacia adelante, los ojos redondos, los movimientos nerviosos, y de repente le viene a la cabeza aquel verano que, paseando por el bosque, se topó con una manada de gamos. Los adolescentes le recuerdan a los gamos: gráciles pero un poco torpes, curiosos pero asustadizos, inofensivos pero algo inquietantes.

Si aquella vez que se le retrasó la regla, cuando tenía diecisiete años, hubiera estado embarazada, ahora tendría uno como éstos. No se imagina haciendo de madre. Al contrario que Berta, que ha tenido cara de madre desde que eran pequeñas. Cuando jugaban a las muñecas, a Cèlia no se le daba bien. No sabía cómo acunar a los recién nacidos, el peine

se le enredaba en los cabellos de las Nancys y carecía de imaginación para inventar juegos o historias. Berta sí. Berta daba el biberón, cambiaba pañales, reñía y disfrazaba a las muñecas y las hacía hablar: ésta era la maestra y se llamaba Flora, siempre iba muy bien vestida y era muy simpática. Siempre en imperfecto de indicativo, que es el tiempo verbal de los cuentos: la madre preparaba la cena y las hijas ponían la mesa, decía. Berta hablaba sin parar, daba instrucciones, corregía, daba por acabado el juego. Y ella, Cèlia, obedecía dócilmente. Era la hermana pequeña, se llevaban cuatro años, pero no era una cuestión de edad. Berta sabía jugar a las muñecas y ella no. Berta era —es— creativa y espontánea, lo vuelve todo divertido. Pero no es madre... todavía.

—¿Podemos ir a ver los peces?

Uno de los cervatillos, una chica de ojos claros y hoyuelos en las mejillas, la ha despertado de su ensueño. No está jugando a las muñecas con Berta ni paseando por el bosque. Tiene treinta y un años y está trabajando de guía en el Museo de la Fauna y la Flora Balear para un grupo de alumnos de bachillerato.

—¿Los peces?, sí, claro. Venid.

Les habla del boquerón, largo y cilíndrico, con el vientre blanco y plateado. Los señala. ¡Son éstos, aladroques! Les explica que hay que proteger algunas especies como ésta, que están en peligro de extinción. Esto es un besugo, ¿veis? Con esta aleta dorsal, los costados plateados y la mancha negra detrás de la cabeza. Mirad, esto es un dentón, a éstos también hay que protegerlos. Debe su nombre a sus potentes mandíbulas llenas de dientes, con cuatro col-

millos muy desarrollados. Y las sardinas, las doradas, las herreras... Los chicos se ríen cuando menciona los gallos y los capellanes. Se quedan embobados delante de los caballitos de mar. Les explica que es la hembra la que transfiere los óvulos al macho y que el macho los incuba durante cuatro o cinco semanas. Es algo insólito en el mundo animal, les dice Cèlia. ¡Y por desgracia también en el humano!, dice la profesora que acompaña al grupo. Ambas intercambian una mirada de complicidad y todos se ríen.

El final de la visita significa que su jornada laboral ha terminado. Aún no son ni las siete, y se va a casa disfrutando del paseo. Este enero está siendo condescendiente con las temperaturas y ya ve almendros en flor y el amarillo que asoma en algunas mimosas. Las mimosas le recuerdan a su madre. Le parece verla llegando a casa cargada de ramos perfumados y a su padre arrugando la nariz. Él no soporta el olor de las mimosas. Quizá debería plantearse ir al verlos. Cuando llegue a casa se lo propondrá a Héctor. Tiene que encontrar el modo de decírselo, eso es todo. Le da vueltas. Roger cumple años en abril, podría ser una buena excusa...

Ya casi ha llegado, cuando doble a la derecha verá el portal, pero se detiene en la esquina a contemplar el mar. Sabe que cuando gire para enfilar su calle ya no lo verá.

Y pensar que soñaba con una casa desde donde se viera el mar. Siempre creyó que sería así, que si vivía en una isla no podría ser de otra manera.

Al principio sí, en el primer piso en el que vivió cuando llegó se veía una amplia franja de azul. Pero



era muy pequeño, Héctor tiene razón, la casita donde vive él, de planta baja, es más cómoda. Ya ves bastante mar en el trabajo, le dijo Héctor. Te vas a hartar. Y sí, es verdad, el mar siempre está presente en su vida: cuando hace de guía en el museo, cuando escribe artículos para la revista trimestral, cuando redacta informes para la catalogación de especies protegidas o colabora en los planes de gestión de los espacios naturales. Pero no es lo mismo. Ella necesita verlo de cerca, olerlo, mojarse. Hace demasiado tiempo que no hace inmersión. Eso también se lo dirá a Héctor. Pero lo hará otro día, hoy quiere hablarle sobre lo de ir a ver a sus padres.

Lo encuentra leyendo —como siempre—, serio y concentrado, esboza una breve sonrisa y la besa con suavidad.

—¿Qué tal el día? —pregunta ella, mientras se quita la chaqueta y la cuelga en el recibidor.

—Bien —contesta él—. Ya sabes que la única parte del día que me interesa es la que puedo dedicar a la lectura.

—Sí, ya lo sé...

Cèlia entra en la cocina y abre la nevera. Sirve una copa de vino blanco y se la lleva a Héctor. Él la coge sin apartar los ojos de las páginas del libro.

—Gracias. Es una novela magnífica. Moravia.

Cèlia permanece durante unos segundos en el umbral de la puerta, en silencio. No sabe qué hacer. Ve su reflejo en el espejo de la pared de enfrente. El pelo muy oscuro, casi negro, que siempre ha llevado muy corto.

Como los mozos, decía el abuelo Tomàs, hacién-

dole una carantoña con su mano grande y huesuda. La niña agradecía aquel peso sobre la cabeza como si le hubieran dado una propina. Ya de mayor ha seguido gustándole que le acariciasen la cabeza y la nuca. Es delgada, liviana como un pajarillo, hasta tal punto que da un poco de miedo abrazarla, como si fuera a romperse. Los ojos muy negros y rasgados bajo las cejas espesas concentran una fuerza que no corresponde ni a su esqueleto menudo ni a sus rasgos delicados, que sólo adquieren angulosidad en la barbilla.

Finalmente se acerca al ordenador, procurando no hacer ruido. Ve que su hermano mayor le ha enviado un correo. Lo abre:

Hola, Cèlia, pequeña Mowgli, ¿cómo estás? Hace días que no sé nada de ti. Ya sabes que Berta ha salido hoy para París, ¿no? Veremos cómo lleva mamá el asunto lo de tenernos lejos a los tres... Vas a escribirle y a llamarla, ¿verdad?

Y a ti, ¿cómo te van las cosas? ¡No nos cuentas nada! ¿Todavía haces submarinismo? ¿Y el trabajo? Yo trabajo como un negro, pero me gusta, y también tengo otros motivos para estar feliz. Ya hablaremos. Un abrazo y saluda a Héctor de mi parte.

El gran Simbad. Siempre pendiente de todo y de todos. Que si Berta ya está en París. Que a ver cómo lo llevará mamá. Que si ella sigue con el submarinismo. Se preocupa por los demás, siempre ha sido así. Pero, ¿por qué siempre que la llama o le escribe nota un toque de reproche? «¡No nos cuentas nada!»

Cada uno cuenta lo que quiere. Los demás hacen lo mismo: insisten para que sea tan comunicativa como ellos. Pero las cosas no son así, cada uno elige hasta qué punto se expone. Cada uno decide la intensidad de su implicación con la familia. Los quiere y piensa en ellos a menudo, los echa de menos, pero su vida ahora está al lado de Héctor, en Mallorca. Eso no lo acaban de entender.

Decide poner fin a la inquietud de su hermano respondiendo a través del grupo de WhatsApp, así lo resuelve todo a la vez:

«Hola a todos! En Mallorca todo bien. Te deseo mucha suerte en París, Berta. Os quiero».

Luego desactiva el sonido del móvil. Conoce a sus hermanos y sabe que ahora empezarán a contestar todos y entrarán mensajes sin parar. No quiere molestar a Héctor. La pantalla se ilumina mientras se dirige a la cocina. Ya empiezan.

Berta: «Hola! Qué alegría! Qué bien se debe de estar en Mallorca. En París hace un frío que pela!».

Martí: «Oye, guapa, no te atrevas a hablarme de frío. ¡2 bajo cero cuando he salido de casa!».

Berta: «Uf» (y un emoticón con cara de horror).

Roger: «Yo me he pasado el día en el agua. Viento y cielo despejado, día de surf de puta madre».

Martí: «Haces algo más, aparte de surf?».

Roger: «No empieces, tío».

Berta: «Has buscado otro trabajo?».

Roger ha abandonado el grupo.

Martí: «Joder! Qué sensible!».

Berta: «Es broma, hombre. Volverá ahora».

Martí: «No puede, yo soy el administrador del grupo».

Berta: «Pues añádelo otra vez, va».

Roger: «Ya estoy aquí, pero si no me dejáis en paz me voy y no volvéis a verme el pelo».

Berta: «OK. Venga, no te enfades».

No se enfada. No se ha enfadado nunca, que él recuerde. Enfadado de verdad, con gritos, insultos y mala leche. Y ni hablar de violencia física. Es un tío tranquilo. Y no sabe lo que es el rencor. Un *hippy*, dice su padre con cariño. Una *Mente Solitaria*, dice su hermano, que conoce un poco más el ambiente del surf. Ni lo uno ni lo otro. Roger es, simplemente, un tío tranquilo.

La tía Anna Maria —la hermana de Tina— dice que Roger tiene un aspecto un poco salvaje. Tiene razón. El cabello rojizo y rizado, la piel pecosa y los ojos de un color indefinido, gris de cielo que amenaza tormenta, aguamarina cuando hace surf, verde oliva cuando empieza a oscurecer. La piel pecosa y la barba tupida, de un castaño rojizo con reflejos rubios. A menudo lleva el pelo demasiado largo, enredado, como si las greñas se le hubiesen entretejido y fuera imposible desenredarlo, como una especie de rastas naturales. Mitad Van Gogh y mitad Robinson Crusoe, dice su padre.

No sé de dónde ha salido, dice su madre. Y tiene algo de razón. Él mismo reconoce que no se parece ni a sus padres —ella tan enérgica y él tan responsable, tan trabajadores los dos—, ni a ninguno de sus hermanos. Y, sin embargo, como le gusta decir, to-